

Buenos Aires no es Calcuta..



Confusión.

Como si todo se mezclase, me pegó en la cara. Me sentí muy confundido entre amenazas y gritos que callaban con vergüenza, ante mis ojos y conciencia. Despertar de un niño de la calle, camino al hospital.

Algo muy profundo, me dolió cuando lo vi. Hubo un grito reprimido, hubo un dolor que molestaba, hubo algo que desgarrándome la piel, dejo al desnudo la verdad de una mentira. Era un niño que miraba la mañana, sentado en el cordón de la vereda. Recién despertaba en el duro colchón de las baldosas sucias. Yo lo vi....

Sus nueve compañeros de noches frías, sin estrellas, tirados en el suelo descarnado, seguían bendecidos por el sueño más profundo, acurrucados entre las miserias del abandono más cruel. Diez historias, diez dolores, diez sin padres, diez sin cunas, diez sin dueños, sin casa, sin comida, sin retos, sin cariños, como perros perdidos en la calle, dando miedo, temor y repugnancia.

Un bostezo desayunado con hambre, un despertar pesado entre las ropas de siempre, pegoteadas a la piel sudada y un mirar sin mirar, a este mundo que siempre indiferente, los rechaza, por si acaso no se mantiene alejados, apartándolos como apestados sin remedio ni esperanzas. Esa mañana los vi., y me dolió un dolor que no me dolía, desde vaya saber cuando...

Zapatillas de suelas gastadas, salpicadas de barro, grasa y lejanías de un hogar, que alguna vez ellos también tuvieron. Pantalones de Jean que aguantan todo, ya sea el frío, el calor, el rocío o la falta de una madre que les remiende los agujeros, y los lave. Remeras de colores desgastados, pretendiendo darles calor a corazones, vacíos de afectos y caricias.

Nueve caritas sucias, todavía dormidas, destilando mala suerte desde el arranque de sus vidas, exponiendo la intimidad del sueño, violado por las miradas de curiosos y la ceguera de tantos egoístas. Una sola carita, que mira sin mirar y bosteza, cuando recién se despierta a la mañana. Cabecitas apiladas, con menos proyectos en sus vidas, que comida entre sus lánguidas pancitas. Duermen en el suelo duro de una plaza, recibiendo el calor que escapa por una de las rejillas de ventilación, del subterráneo. Migajas del calor, migajas del cariño en forma de monedas, migajas de un espacio "de todos" en la ciudad de cemento sin espacios, cayendo como granizo hostil sobre la vergüenza anestesiada de la gente, que marcha muy tranquila de conciencia, a sus labores.

- *¿Qué puedo hacer por ellos...? No sé que puedo hacer por ellos... pero ¡hace algo, por favor...!* - me grita mi conciencia, afónica de tantos gritos y cansada, agotada de nunca ser escuchada. Astuta, mi conciencia va preparando muchas excusas y justificaciones, para el nada hacer nuestro de cada día. Y sino, pretende autoengañarse entre las promesas de un

mañana, que nunca llegara...

Mi ignorancia del como ayudarlos, se alía incondicional con mi inoperancia y solo me he quedado mirándolos... soy tan inútil como aquellos que ni miran al pasar, o como aquellos que los miran, como si mirasen un muro, que afea esa parte de ciudad, invadida por moscas, mosquitos y de todas esas "cosas que molestan"

Me quedo estacionado en mi auto y sin saber que hacer. Pasan y pasan por delante de este drama, personas y vehículos que para nada se detienen. Pasa un auto importado, de rigurosos vidrios negros, y ostentado una desafiante patente oficial. Adentro va el poder de turno, hecho pasajero... Bocinas y motores que aceleran. Pasa una moderna camioneta, con cuatro monjas muy serias y muy ordenaditas. Adentro va el amor de Dios, hecho pasajero... Ruidos de motores que arrancan, doblan o siguen derecho. Pasa un auto moderno, con dos señoras gordas y un perro caniche, asomado en la ventana. Adentro va el dinero y la lujuria, devenido en indiferentes pasajeros. Afuera, el único niño despierto vuelve a bostezar, se rasca desesperado la cabeza y luego, se toca en la boca de su estomago. Tiene hambre...

Detengo el motor. Cruzo corriendo hasta una panadería y al rato, salgo feliz con dos kilos de medialunas bajo el brazo. Una señora muy aseñorada, protesta porque no deje ninguna medialuna para ella... El pibe esta orinando contra un árbol, con su cara hecha un alivio y convertida en segundos de biológica felicidad. Le entrego los paquetes y él me los recibe sin sorpresas, sin agradecimientos prefabricados, sin sonrisas de falso compromiso, pero elevando sus cejas y clavándole los ojos. Ha recibido un tesoro y debe conservarlo...

En el parabrisas de mi auto, hay algo que no había cuando yo me baje. Tiene forma de rectángulo, color ocre y se sacude, sacude, sacude por el viento. Es una multa, por mal estacionado. A lo lejos marcha gallarda, cruzando impávida la calle, una gallarda figura policial, brazo armado de la Ley, que ha cumplido rigurosa con su abnegado deber. Ni siquiera tuve la oportunidad de explicarle, que como médico, actué ante una urgencia de hambre...

Me consuela pensar en la Madre Teresa de Calcuta. Una gota de ayuda es casi nada, pero el océano seria menos si le faltase esa pequeña gota. Pero otro chico se despertó y le tomó uno, de los dos paquetes. Miro con estupor que en vez de compartir, ambos se alejan rápido, atesorando la comida, mientras el resto del grupo duerme, duerme y duerme.

Por el retrovisor veo que dos muchachotes se me acercan, peligrosamente. Mi instinto me hace arrancar y acelerar. Desaparezco, en segundos. Vuelo al hospital y al contarles mi experiencia, todos me critican, como justificando el hacer nada de todos y de siempre.

Buenos Aires, no es Calcuta, me repiten.

... *Fin...*